

7527

FEDERICO OLIVER

LA MURALLA

DRAMA EN TRES ACTOS



MADRID

MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO

1898



LA MURALLA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de los HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MURALLA

DRAMA EN TRES ACTOS

DIVIDIDO EL ÚLTIMO EN DOS CUADROS

en prosa, original de

FEDERICO OLIVER

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 3
de Diciembre de 1898



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898



A Carmen Cobeña

Emilio Thuillier

y Donato Jiménez

*que con arte incomparable
dieron valor inmenso á mi
humilde trabajo,*

Federico Oliver

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MATILDE.....	SETA. COBEÑA.
TOMASA.....	SRA. ALVAREZ.
MARIANA.....	SETA. SAMPEDRO.
MIGUEL HERRERA.....	SR. THUILLIER.
EL DUQUE DE ALFARO.....	DONATO JIMÉNEZ.
VENDAVAL.....	CUEVAS.
SIMÓN.....	ALTARRIBA.
MOJAMA.....	MANSO.
EL CONDE DE ALDAZ.....	ARCILA.
ROQUE.....	CALLE.
EL TÍO GETAFE.....	MARTÍNEZ.
EL MAESTRO PEPE.....	MARTÍ.
UN ARQUITECTO.....	RANDO.
GEDEONCITO.....	AGUDÍN.
OBRAERO 1.º.....	ALONSO.
IDEM 2.º.....	LASTRA.
IDEM 3.º.....	DOMÍNGUEZ.
UNA VOZ.....	DOMÍNGUEZ (M.)

Mujeres del pueblo, niños, trabajadores

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda las del espectador

ACTO PRIMERO

El teatro representa la capilla en construcción del duque de Alfaro. En el centro de la escena se ve un pie derecho que sostiene el andamiaje, del que parten ramificaciones á todas las alturas. Al lado del pie derecho hay un banco de carpintero con maderas y herramientas. En el fondo, y hacia la derecha, se ve una puerta que descubre un jardín con fuentes y estatuas. A la izquierda hay otra puerta casi obstruida por maderos, que se supone da á las habitaciones de la finca. En toda la extensión del taller se ven sillares de todos tamaños, con herramientas de cantería y talla; Miguel trabaja en el que está colocado en el primer término de la derecha; poco detrás de él hay un andamio situado á cierta altura, donde juegan al mus Mojama y el tío Getafe. A la izquierda, y en primer término, un asperón con un cubo de agua al lado; poco detrás, el sillar donde trabaja Simón, y en tercer término el de Vendaval. El estilo de la capilla es gótico florido.

ESCENA PRIMERA

MIGUEL y SIMON trabajan en su sitio. MOJAMA y el TIO GETAFE jugando al mús en el andamio; VENDAVAl, con un periódico en la mano, á la izquierda del fondo, rodeado de los OBREROS PRIMERO, SEGUNDO y TERCERO; GEDEONCITO al lado de un carpintero que arregla listones y toma medidas en el banco que está al lado del pie derecho. Obreros que trabajan y otros que están parados; poco después ROQUE, que entra por la puerta del jardín. Es el medio día

VEND. (Desde el grupo.) ¡Simón!
OB. 1.º ¡Oye, Simón! (simón trabaja sin escucharlos.)
OB. 2.º ¡A esel
VEND. (Con sorna.) ¿Vas á acabar la obra?

- ROQUE (Entrando por el jardín.) ¡Anda, ya se están metiendo con el beato! (Los obreros se asustan y acuden á sus sitios precipitadamente, haciendo que trabajan.) Pero, ¿qué es esto?... no asustarse, que soy yo. (Al notar que es Roque vuelven á dejar el trabajo mal humorados. Roque ríe; Simón y Miguel impasibles, trabajando. Mojama y el Tío Getafe continúan su partida de mús.)
- OB 3.º Otra vez avisas.
- ROQUE ¡Vaya unos vagos!
- VEND. ¡Vaya una guasal! Creí que era el maestro, y como me tiene inquina...
- MIG. ¡Roque!
- ROQUE (Con alegría.) ¡Adiós, Miguel! ¿Estabas ahí?
- MIG Aquí estoy; tengo que hablarte.
- ROQUE Y yo también; como me dijiste ayer eso...
- MIG. Dame un cigarro.
- ROQUE Allá va. (Se ponen á fumar.)
- VEND. ¡Gedeoncito; alicuéncano!
- GED. (Acudiendo.) ¿Qué quíe usted, señó Vendaval?
- VEND. Te pones en la tronera que sabes, y en cuanto se acerque el maestro, avisas.
- GED. Bueno; pero... ¿y si viene por otro lao?
- VEND. Por otro lao ya le veremos; tú te pones allí. Corre. (vase Gedeoncito por la puerta del jardín.)

ESCENA II

DICHOS, menos GEDEONCITO

- MOJ. Envido.
- GET. Quiero.
- MOJ. Guasón.
- GET. Chico, ten cuidao que te se caen las cartas.
- VEND. (Aproximándose al sitio de Simón.) Vamos á ver, Simoncito, si me achicas como me achicastes ayer. (Obreros primero segundo y tercero se acercan.)
- SIMÓN Yo no he tenido intención de achicarte nunca.
- VEND. Pues me achicastes sin intención.
- OB. 1.º (Avanzando.) Anda, Simoncito, que hoy viene farruco éste, como dicen los kábilas.
- OB. 2.º ¡Ni más ni menos!

- OB. 3.º Anda con él.
- SIMÓN Pero, hombre, ustés nos lían aquí en unas discusiones tremendas, y un día viene el maestro, nos coge fuera del tajo, nos pone un jornal de multa á cá uno, ó nos parte po el eje poniéndonos de patas en la calle.
- VEND. Pero, hombre, si está Gedeoncito á la mira.
- SIMÓN Bueno, hombre, bueno. ¡Qué le vamos á hacer! ¿Qué quieres? (Deja el trabajo.)
- VEND. Casi ná: ayer me achicastes cuando hablábamos de los derechos que nos da la naturaleza á nosotros los proletarios. ¿Sabes tú? ¡Ya se ve, eres más leío que yo!... ¿Te has enterao? Y me achicastes; pero no porque me faltara razón, sino... ¡Vamos! porque no tenía letras para contestarte.
- SIMÓN Y hoy, ¿te traes el abecedario?
- VEND. Lo que me traigo es un artículo de *El grito del Cuarto Estado* más güeno que Dios, que me servirá de peana para discutir contigo, porque de la discusión sale la luz, como dicen los diputaos; conque, ven á escucharlo, y no lo pienses más.
- SIMÓN (Con tono resignado.) ¡Bueno, hombre, bueno!
- VEND. (Llevándolo al rincón de la izquierda.) ¡Anda pa alantel
- SIMÓN Vamos á ver lo que dice ese diario.
- OB. 1.º (Frotándose las manos.) ¡Olé, olé! (Vase el grupo al rincón de la izquierda donde se acurrucan todos alrededor de Vendaval que se dispone a leer el periódico.)
- MOJ. (En el andamio.) Oye, que no vale hacer trampas.
- GET. Pero, Mojama, ¡miá que eres embustero!
- MOJ. No me digas eso, que te endiño una morrá.
- GET. ¡Jé, jé, ya será menos!
- VEND. «Hay obreros...»
- OB. 1.º (A Vendaval, señalando á Miguel.) Aguarda que venga ese.
- VEND. Sí, que es de los míos. ¡Miguell
- MIG. ¿Qué quieres?
- VEND. ¿Estás de mal humor?
- MIG. No.
- VEND. Pues arrímate á escuchar esto.
- MIG. Espera, que estoy hablando con Roque.

- OB. 2.^o (A Vendaval.) Lee bajito.
VEND. ¡Silencio! (Los obreros 1.^o, 2.^o y 3.^o se agrupan. Se siente el murmullo de la lectura.)
ROQUE ¡Gracias que se fueron! ¿Qué tenías que decirme?
MIG. Muchas cosas; pero quisiera que no me escuchasen. Voy á ver si viene el maestro. (Da vueltas por el taller.)
MOJ. ¿Qué secretos tienes con ese, Roque?
MIG. (volviéndose.) Los que á tí no te importan.
MOJ. Perdone usía.
GET. No te metas con ese, que tié mú malas pulgas.
MIG. (Sentándose.) Verás... tus señoritos... ¿son buenos?
ROQUE ¡Hombre! ¡Vaya una pregunta! Todo Madrid sabe quienes son. Yo los quiero mucho porque me tratan muy bien: son generosos, espléndidos, caritativos; y en cuanto al Conde de Aldaz, novio de mi señorita, no hay que decir nada; es muy simpático y muy bella persona.
MIG. Y tu señorita ¿le quiere?
ROQUE ¡Anda si le quiere! ¡Ya lo creo! ¡Si vieras al padre como se le cae la babal
MIG. Pues yo estaba en otra cosa.
ROQUE ¿En qué?
MIG. En que no se querían.
ROQUE ¡Pues si están deseando que se acabe la obra para casarse.
MIG. ¿Para casarse? Pues yo creo que no se casan.
ROQUE No sé quien lo va á estorbar, porque el padre... ¡ya ves!... Cualquiera se mete con el Duque de Alfaro. Un noble de la antigua raza, orgulloso y altivo con sus blasones, con el dinero á espuestas, un talentazo tremendo y una influencia que ¡ya, ya!... adorando en su hija, y con razón, porque ¿quién no quiere á la señorita Matilde? Tan buena, tan cariñosa, tan campechana...
MIG. Quizá por buena y cariñosa se casa.
OB. 1.^o ¡Olé, olé! (En el grupo izquierda.)
ROQUE ¿Cómo?
MIG. Que por el taller se dice otra cosa.

ROQUE

¿Qué dicen?

MIG.

Que se casa obligada por su padre.

ROQUE

No es verdad: lo que hay en el asunto es que como mi pobre amo está siempre enfermo, y como no tiene más hija que su Matildita, ¡ya ves! una muchacha de diez y ocho años, acabada, como quien dice, de salir de un convento... ¿En qué piensas?

MIG.

En nada; sigue.

ROQUE

Pues mi amo, como tiene tanta aprensión, se preocupa mucho con la suerte de su hija, y como muchas veces ha tenido su ratillo de confianza conmigo, me ha dicho: «Roque, ¡si vieras lo que temo á la muerte sin ver á mi hija casada!» Yo trataba de consolarle, diciéndole: «No piense usted en esas cosas, señorito.» Y á todo esto, la niña haciendo sufrir á su padre, porque era muy tontilla y muy presumida... ¿sabes?... Le gustaba mucho coquetear con los hombres, hasta que de la noche á la mañana dió un cambiazó tremendo... ¡una vuelta!... ¡Condecirte que no se la conoce, se hizo muy formalita, volviendo loco de alegría á mi amo; y, por último, le hizo cara á su primo el Conde de Aldaz, precisamente el elegido de su padre; tú le habrás visto algunas veces cuando viene á visitar la capilla; es muy simpático... Vale cualquier cosa ese hombre.

MIG.

¡Vaya, que defiendes con calor á tus amos!

ROQUE

¿Pues no los había de defender? ¡Estaría bueno! ¿Te crees quizás que soy un ingrato? No, hijo mío, no; tengo que adorarlos de rodillas. Desde chico estoy en la casa, soy ayuda de cámara y no hago casi nada. Mi amo dice que tengo inteligencia, y como me ve estudioso, me costea la carrera. Ahora, dime tú si hay en España muchos hombres como ese. ¿Y no quieres que le defienda? Tú, con ese talento que tienes, no debías estar así; si mi señor te conociera, quizás te protegería.

MIG.

¡Quita, hombre, quita!

ROQUE

¡Cómo que quite! ¿Quieres que le hable de ti?

- MIG. No.
ROQUE ¡Vaya una contestación seca y tonta! Esa independencia y esa soberbia que tienes te van á perder, y es una lástima. Eres tan tonto, que te mueres en un rincón. No, Miguel; hoy están las cosas muy malas, y así seas un genio, de ese modo no irás á ninguna parte; hoy lo que sirve es tener mucho descaro y muchos padrinos, y mientras más gordos, mejor. ¿Quieres que le hable de ti á mi señor? Tú le haces una escultura, y yo se la presento; le digo que eres para mí, no un amigo, sino un hermano, y verás lo que te espera. ¿Estás conforme? (Miguel le escucha distraído.) ¡Habla! Pero, ¿no me oyes? ¡Esto sí que está bueno!
- MIG. (Como saliendo de una distracción.) ¿Qué decías?
ROQUE Pero, hombre, ¿estás alelado? ¿Qué te tiene tan distraído?
- MIG. ¿Qué sé yo!... Nada.
ROQUE ¿Estás malo?
MIG. No estoy bien.
OB. 1.º (En el grupo) ¡Pero que muy bien!
ROQUE ¿Quieres algo más?
MIG. No, gracias.
ROQUE (Levantándose.) Entonces me voy.
MIG. (Conteniendole.) No, no te vayas.
ROQUE És que tengo que acompañar á mis señcritos: visitan hoy la capilla.
MIG. (Emocionado.) ¿Vienen hoy á la capilla?
ROQUE Dentro de un rato.
MIG. (Con trabajo) Oye, ¿y viene tu señorita también?
ROQUE Sí.
MIG. ¿Con el novio?
ROQUE Sí, hombre.
MIG. (Levantándose bruscamente y cogiendo unos cinceles.) Bueno, adiós.
ROQUE ¿Dónde vas?
MIG. A afilar estos cinceles.
ROQUE ¡Ves hasta luego.
MIG. Hasta luego. (Vase á la izquierda y se pone á afilar los hierros en el asperón)
ROQUE (Pensativo y marchándose.) ¡Qué raro está!

MOJ. (Desde el andamio.) ¡Roque!
ROQUE ¡Qué!
MOJ. Otra vez dices adiós.
ROQUE Adiós. (El carpintero hace una seña cómica á Roque, indicándole que Miguel está loco.)

ESCENA III

DICHOS, menos ROQUE Los obreros que rodean á Simón y Vendabal aplauden calurosamente

OB. 2.^o ¡Olé, olé!
OB. 1.^o Mú bien dicho.
SIMÓN (Irritado.) No quió ná con vosotros: se acabó. (sale del grupo, atraviesa la escena y ocupa su puesto.)
VEND. Ven acá, hombre, no te acaroles. (Vendabal y sus compañeros siguen á Simón. Miguel afila sus hierros sin mirarlos.)
OB. 1.^o ¡Vamos nosotros!
OB. 2.^o ¡Esto se pone güeno!
GET. (Desde el andamio.) Pero, ¿qué l'ha pasao á ese?
VEND. Na, tío Getafe; que se sube á la parra por menos de un pitillo. No tié tanto asín de paciencia, y... ¡mardita sea!, hombre, sino fuá porque le quiero... lo que es á mí...
SIMÓN (Encarándose.) ¿A ti qué?
VEND. ¿A mí? Que acabariamos mú pronto.
GET. (Distraído y atendiendo al «mús».) Pero, ¿qué ha sío, hombre, qué ha sío?
MOJ. Tú te aguantas
OB. 1.^o (A Simón y Vendabal.) Vamos, esto se ha rematao.
VEND. ¡Quita, si esto se tié que terminar!
SIMÓN (Sentándose.) Más valía que en vez de meter-te con un hombre serio como yo, y en vez de comprar esos papelotes, aprendieras á leer un poquito mejor, pa deletrear siquiera otras cosas más santas.
VEND. (Con sorna) ¿La doctrina?
MOJ. (Jugando y sin mirar) ¡O *El Enano!*
SIMÓN Eso, eso, la doctrina; que buena falta te hace: al menos aprenderías á no faltar á los viejos.

- VEND. Tú siempre con... cosas de Iglesia.
SIMÓN Y tú... con cosas de taberna.
VEND. ¡Amos, quita, que apestas á incenso!
SIMÓN (Con ira.) Y tú á vino.
OB. 1.º ¡Bien por Simoncito! (El corro de obreros aplaude ruidosamente á Simón.)
VEND. (Ganoso de palmas.) ¡Callarse, callarse... que lo voy á achicar! (Saca el periódico.) Yo no contesto de labia porque no sé hablar, pero aquí hay contestación pa ese. (Lee con trabajo.) «Hay obreros que en lugá de empuñar la regene... radora tea de la revolu... lución empe. . empuñan...»
SIMÓN La baraja. (Señalando á Mojama y al tío Getafe.)
VEND. «¡Los cirios!... y van detrás de las procesiones golpeándose el pecho pa que los vea la burguesía y les reparta sus miga... ga... sus miajas! ¿Qué te parece?» (Aplausos á Vendaval.)
SIMÓN (Levantándose.) Verás lo que me parece; escucha: no voy á leer nada, ¿eh?... Hay obreros que en lugar de ilustrarse, que para eso hay Bibliotecas públicas de noche; que en lugar de ser buenos padres de familia, buenos trabajadores, abandonan la Biblioteca por la taberna, donde dejan en vino y aguardiente el jornal malamente ganao, porque no lo trabajan, y si tienen dos perros juntos se los juegan, y acaban por convertirse en bestias, teniendo que ocultarse el sábado á la hora de cobrar, de los ingleses que se les echan encima; olvidando sus hijos, que van por esas calles desarrapados, cogidos de su madre... que maldice á su marido, buscando una peseta pa comer: hay obreros, te digo, que se acuerdan de sus derechos y se olvidan de sus deberes; que no dan y que piden, y ¿no habían de pedir si en eso salen ganando? (El grupo aplaude.)
VEND. ¡Eso no lo dirás por mí!
SIMÓN ¡Esto lo digo por tí, que das un empujón á tus hijos cuando llegas á tu casa borracho; en cambio, yo, cuando llego de la iglesia, oliendo á incienso, como tú dices, beso á los míos en la frente, y pido á Dios y á la San-

tísima Virgen salud y trabajo pa verlos hechos hombres, pa que me consuelen en mi vejez... ¡Hijos de mi alma! (Conmovido.)

VEND.

Pues mira, bastante vas á adelantar: queándote á lo mejor sin trabajo, ¡qué sabrosos te van á saber los besitos en la frente! Tus hijos, crecíos, te darán una puntera, y si son hijas, y guapas, solo pensarán en... divertirse y emperifollarse; y si haces algo te zamparán en la cárcel con tós los besitos de tus hijos y con toa tu fe en la Providencia, en los curas, y en la misericordia de Dios... Fíate de la Virgen y no corras, como dice un reflán.

OB. 1.º

¡Ahora ha estao este muy bueno!

OB. 3.º

¡Olé por mí gallo! (Aplausos á Vendaval.)

SIMÓN

(Levantándose indignado.) Mira; te he dicho que no ofendas á Dios delante de mí, porque tó se acaba, y me peleo con mi misma sombra; límpiate la boca para hablar del Criador del cielo y de la tierra; del que ha hecho el sol, la luna, las estrellas; del que te ha dao corazón pa sentir y cabeza pa pensar. Del que te ha hecho á tí y me ha hecho á mi.

MOJ.

(Desde el andamio.) ¡Adiós, planeta!

VEND.

¡Pero mira que eres bruto, Mojama! Cuando hablemos de cosas serias, te echas dos puntos...

MOJ.

(Volviéndose al grupo, y barajando, habla con el cigarro en la boca.) ¿Qué cosas serias ni qué ocho cuartos?... Mirarme á mí, y envidiarme... ¿Cuáles son mis lecturas? *El Enano*. ¿De qué me ocupo yo mayormente? De toros. ¿Cuál es mi tabardillo? Las mujeres. Yo quiero mucho á mis hijos; pero si se mueren, ¿tendría yo la culpa? Amos, no sean ustedes panolis y no se quiebren la sesera filofosando, que el mundo está asín porque está asín, y entadía no ha habío un Dios que lo remedie. (Barajando y sin mirar.) ¡Primos! Seis unos primos... Si no hay más que tené pacencia y barajá... y san... fastidiarse. (Poniendo la baraja al tío Getafe.) ¡Corta! (Aplausos.)

MIG.

(Levantándose del asperón, y probando el filo de la he-

rramienta.) ¿Cuándo llegará la hora de almorzar?

GED. (Corriendo por la puerta del jardín) ¡Agua, agua!
(Los obreros, alarmados, acuden precipitadamente á sus puestos y se ponen á trabajar, menos Miguel, que marcha al suyo muy despacio, mirando el filo de sus cinceles.)

ESCENA IV

DICHOS, el maestro PEPE

PEPE (Desde la puerta de la izquierda.) ¡Mu bien, mu bien y mu requetebién! ¿Es esta la manera de ganar el jornal? ¡Tó Cristo fuera del tajo! Pues lo que es hoy á fastidiarse tó el mundo. (Sacando un cuaderno y apuntando.) Un cuarto de jornal de multa á to el taller, y á Miguel Herrera, por cabecilla y alborotaor, un jornal entero.

MIG. (Aproximándose.) ¿Cómo ha dicho usted?

PEPE (Escribiendo.) Un jornal de multa.

MIG. ¿Y por qué? (Dominándose.)

PEPE Porque te he pillao fuera del tajo.

MIG. Venía de afilar la herramienta.

PEPE No seas contestón.

MIG. He dicho que venía de afilar la herramienta, y es verdad.

PEPE ¡Mentira!

MIG. (Indignado y retrocediendo.) ¿Mentira?...

PEPE ¿Qué? ¿Qué, qué hay con esa cara?

MIG. ¡Que lo voy á degollar á usted, tío bandido!

(Se abalanza sobre Pepe, pero es sujetado á tiempo por Simón y Mojama)

MOJ. ¡Miguel!

SIMÓN ¡Quieto!

PEPE (A unos obreros que le contienen.) ¡Suelten ustés!
(Le sueltan.)

MIG. (Furioso.) Pero, ¿no habeis oido lo que ha dicho ese hombre? Esto no puede quedar así.

MOJ. ¡Calra!

PEPE ¡Soltar á esa señorita, que me voy á bail un zapateo en sus tripas.

- MIG. ¡Canalla!
- GED. (Desde la puerta del jardín.) ¡Maestro Pepe!
- PEPE. ¿Qué?
- MIG. Soltadme.
- GED. Que bajan los señoritos, y el señó arquitecto le llama á usted.
- PEPE. Ahora voy.
- SIMÓN. ¡Por Dios, Miguel, por Dios!
- VEND. Buena la has hecho. (Suenan la campana de almorzar.)
- PEPE. ¡Ea! Esto se arremató. A almorzar tó el mundo fuera el tajo, que viene el Duque á ver la obra. (Intenta irse.)
- MIG. (Con rabia.) ¡No se vaya usted, hombre! (Los compañeros le sujetan.)
- PEPE. (A Miguel.) Y tú, señorito, te pués dar por despedío, y si quiés algo, en la calle me esperas.
- MIG. Si no se pusiera usted lejos, le escupía.
- PEPE. (A Miguel.) ¡Conque lo dicho! (A los otros.) Que no haiga nadie en el tajo. (Vase por la puerta del jardín: los obreros sueltan á Miguel y accionan con calor.)
- GET. ¿Qué te paece, Mojama?
- MOJ. Que sa cafo. (Cogen sus almuerzos y se marchan por la puerta del jardín; Simón le presenta el suyo á Miguel.)
- SIMÓN. ¡Vamos, Miguel!
- MIG. Te juro que se acuerda de mí ese hombre.
- VEND. Vente con nosotros.
- MIG. Ahora voy. (Vanse todos por la puerta del jardín, volviéndose compasivamente hacia Miguel, que queda solo en escena. En el trozo de jardín que ve el público se sienta Simón en el suelo: viene una mujer con dos niños y un canasto, y mientras extiende el almuerzo, Simón besa y levanta en alto á los chicos.)

ESCENA V

MIGUEL

(Poniendo su almuerzo encima del banco de carpintero.) ¿Yo irme de aquí? ¿Y por ese hombre? ¿Y no la volveré á ver más?... No, no y no. (Simón le hace señas. Miguel contesta desde la puerta.)

¿Eh? ¡No salgo! ¡No quiero! ¿Que viene el Duque? ¿Que venga! Yo aquí me quedo. (volviendo y llevándose la mano á los ojos.) ¿Qué es esto? ¡Estoy llorando! ¡Tengo los ojos llenos de agua! ¡Qué rabia! ¡Si aquí hubiera algo que destruir!... ¡Pero como no me destruya yo!... (Asomándose al fondo) ¡Ah!... Ahí vienen, y viene ella. ¡Ay, qué bonita! ¿Y no veré más á esa criatura?... ¡Vamos, que no puede ser! (vuelve a su sitio.)

ESCENA VI

MIGUEL, el DUQUE DE ALFARO, MATILDE, el CONDE DE ALDAZ, el ARQUITECTO, el maestro PEPE y ROQUE

ARQ. Pasen ustedes.
DUQUE (Pasando.) Muchas gracias.
CONDE Caramba, qué adelantado está esto.
DUQUE Me sorprende agradablemente.
MAT. ¡Qué capilla más hermosa!
PEPE (Observando la presencia de Miguel.) ¿Eh?
ROQUE (Estupefacto.) ¡Miguel!
ARQ. (Aparte á Pepe por Miguel.) ¿Qué es esto?
DUQUE (A Miguel.) ¡Buenos días!
MIG. ¿Gustan ustedes? (Levantándose.)
DUQUE Muchas gracias.
ARQ. (Aparte.) ¡Qué descaro!
PEPE (Aparte.) A ese le corto yo el pescuezo. (Durante el juego que sigue, el Duque, Matilde y el Conde miran el andamiaje.)
ARQ. (Aparte á Pepe.) Que se vaya ese hombre en seguida.
PEPE ¿Eh? (Por lo bajo.) Roque.
ROQUE ¿Qué?
PEPE Que se vaya ese.
ARQ. Creo que no dirá usted que su dirección...
DUQUE Sí, sí. Estoy muy satisfecho, y usted, por su parte, ha sabido derrochar su arte y su buen gusto.
ARQ. Es usted muy amable, señor Duque.
DUQUE La verdad.

- ROQUE (A Miguel.) Miguel, vete por el amor de Dios.
MIG. (Alto.) No quiero. (Todos vuelven la cara sorprendidos.)
- ARQ. ¡Qué barbaridad!
ROQUE Miguel.
DUQUE ¿Qué es eso?
MAT. ¿Qué pasa?
PEPE Este operario...
MIG. Señor Duque... (Adelantándose.)
ARQ. El señor Duque no está para oír...
DUQUE ¡Hombre! ¡No faltaba más! (A Miguel.) ¿Qué le pasa á usted?
PEPE Usía me perdone...
DUQUE ¿Qué tenía usted que decirme?
MIG. Señor Duque: no hace mucho que hemos recibido la orden de abandonar el taller; de irnos á almorzar al jardín, porque venían ustedes á visitar la capilla; calcule usted...
ARQ. (Corrigiendo.) Calcule vucencia...
DUQUE Está bien; siga usted.
MIG. Que estuvo lloviendo ayer y no es humanitario que los pobres trabajadores coman en en el santo suelo, y con el tiempo que hace. Yo creo que la presencia de unos infelices obreros comiendo en un taller no ha de molestar á un hombre como usted, que, á juzgar por su fama, siente un profundo amor por las clases menesterosas.
ARQ. Pero...
DUQUE Siga usted.
MIG. Yo, por eso, me he quedado á comer en mi sitio de costumbre, calculando que no molestaba... pero acabo de recibir la orden, en secreto, de que me vaya, sin duda para no ofender la vista de ustedes, cuando quizás y sin quizás la que he ofendido ha sido la de ellos; y en esa confianza le pido perdón por mi atrevimiento y mi grosería.
DUQUE Muy bien. Agradezco á usted mucho lo que acaba de hacer. Póngase usted la gorra.
CONDE (A Matilde.) Vaya un chico resuelto.
MAT. Y tiene razón.
ARQ. Señor Duque...
DUQUE Señor Arquitecto, estoy muy contento de

- usted como artista; pero, francamente, estas cosas no las agradezco.
- ARQ. Estas cosas son del maestro de obras, señor Duque.
- PEPE (Aparte.) Ahora las paga conmigo.
- DUQUE ¡Por nosotros!... ¡Pobres gentes! (A Roque.) Llámales.
- ROQUE (Desde la puerta del jardín.) Vengan todos á comer aquí. (Aparte á Pepe.) Tome usted tripita.

ESCENA VII

DICHOS, SIMON, VENDAVAL, TIO GETAFE, GEDEONCITO, OBREROS 1.^o, 2.^o y 3.^o con algunas mujeres que traen cestas con almuerzos; los trabajadores se detienen respetuosamente en la puerta con las gorras en la mano

- DUQUE Entren ustedes sin miedo.. Cubrirse, y á comer cada uno á su sitio, como si no hubiese aquí nadie. (Los obreros se escurren silenciosamente por el taller, poniendo sus almuerzos en sus sitios respectivos.)
- CONDE (A Matilde.) Vaya una situación la del maestro.
- MAT. Es muy antipático.
- MIG. Gracias, señor Duque; no esperaba menos de usted, y, con su permiso, me retiro.
- PEPE (Cogiéndole por el brazo. Miguel se deshace.) Aguarda. ¿Sabe usía, señó Duque, por qué ha hecho éste esa baladroná? (con ira.) Porque no tié ná que perder aquí; está despedio por vago.
- MIG. (Conteniéndose.) El respeto que siento por estos señores, y, sobre todo, por esta señorita, me impide contestar á usted como merece; pero no me impedirá justificarme.. Yo...
- PEPE Señor...
- DUQUE Déjele usted hablar. (Aparte.) Me gusta este chico.
- MIG. Que hable él primero. (Los obreros comentan por lo bajo y siguen con avidez el curso del diálogo.)
- ARQ. (Aparte á Pepe.) No seas imprudente.

- PEPE (Con voz destemplada.) No hará mucho que vine al taller y encontré á ese hombre fuera de su sitio; y porque le apunté un jornal de multa, y se lo reprendí... me contestó de mala manera y me levantó la mano.
- MIG. (Con serenidad.) Señor Duque: cuando vino el maestro había ido yo á afilar estos cinceles al asperón, y como cumplo siempre con mi deber, no huyo porque se presente nadie de improviso: así es, que venía por medio del taller cuando me vió el maestro, y me apuntó la multa: yo protesté, y él, creyendo quizá que todo el monte era orégano, me insultó: no lo aguanté; y respondí al insulto: entonces me despidió. Mis compañeros saben que no falto nunca á mi deber. ¡Ahí están todos! ¡Vamos á ver! ¿Es verdad ó no lo que voy diciendo? (Todos callan.)
- PEPE ¡Eso es! ¡Que lo digan!
- ARQ. (Aparte.) ¡Qué vergüenza!
- DUQUE (Aparte) Este chico vale.
- CONDE (Aparte a Matilde.) Habla con dignidad. ¿Qué te parece, Matilde?
- MAT. (Como saliendo de una distracción.) ¿A mí?... Nada.
- MIG. Todos callan, señor Duque, y el por qué no se escapará á su observación de usted: temen indisponerse con el maestro. Si fuera yo el culpable hablarían todos. Ya ve usted... enmudecen.
- ARQ. Señor Duque: como usted ve, estas torpezas parten de todos. De consiguiente...
- DUQUE Nada: por terminado el asunto: este hombre queda en la obra, porque quiero yo que quede.
- ROQUE (Aparte á Pepe.) Chúpese usted esa.
- DUQUE ¿Cómo se llama usted?
- MIG. Miguel Herrera.
- DUQUE ¿De dónde es usted?
- MIG. De Madrid.
- DUQUE ¿Tiene usted familia?
- MIG. No, señor: soy solo.
- MAT. (Aparte.) ¡Pobre chico!
- DUQUE ¿Y en qué trabaja usted?
- MIG. Soy tallista.

- DUQUE ¿Y qué ha hecho usted en la capilla?
MIG. (Llevándole á su sitio.) Estas cardinas.
DUQUE ¡Oh!... ¡Esto es maravilloso!... ¡Soberbio!...
¡Qué frescura en el modelado, y qué corrección en el dibujo! Nada... (Aparte.) Este chico vale: tiene cara de talento.
- ARQ. Como operario es muy bueno. Mire usted esta hoja de col.
- ROQUE (Aparte á Pepe.) Trague usted el tercer paquete.
PEPE (Aparte á Roque.) Pocas bromas, que no está el horno pa bollos.
- DUQUE ¿Y al arte serio no ha pensado usted dedicarse nunca?
- MIG. Sí, señor: de noche voy á dibujar á la Escuela de Artes y Oficios. Quiero ser escultor.
- DUQUE Y lo será usted. Tiene usted talento y dignidad, y con eso se va á todas partes. Yo, quizá por lo viejo que estoy, no sueño más que con hacer todo el bien posible. En usted adivino un artista de porvenir... ¿Quiere usted aceptar mi protección?... Conteste usted, hombre. Desde mañana puede contar con una pensión que le permita estudiar á su gusto. (Al Conde y á Matilde.) ¿Qué os parece, hijos míos?
- CONDE ¡Muy bien hecho!
MAT. ¡Qué bueno eres, papá!
MIG. Señor: me conmueve esa generosidad; y siento decirle, aunque le parezca extraño, que no puedo aceptar su desprendimiento.
- DUQUE ¡Qué raro! ¿Y por qué?
MIG. Porque usted sabe que, por regla general, esos favores se pagan con ingratitudes... Yo... no sé si soy bueno... Yo... no sé si el día de mañana correspondería como debiera á sus bondades de usted; y como no quiero que nadie... ¡jamás!... tenga derecho para llamarme ingrato ..
- DUQUE ¡Qué particular! ¡Oiga usted, joven!... Yo practico el bien sin aspirar á recompensa alguna. Si usted, el día de mañana, lo olvida y es ingrato, allá usted con su conciencia. Yo estoy tranquilo con la mía, sacándole á usted del polvo. Conque, ¿acepta usted?

- MIG. De esa manera...
- CONDE No sea usted raro. (Miguel continúa indeciso.)
- DUQUE (Dándole la mano.) Por aceptada.
- MIG. Perfectamente.
- DUQUE (Aparte.) ¡Qué singularidad de chico! Nada: no hablemos más de eso. Dentro de una hora suba usted á mi despacho y hablaremos de arte.
- MIG. (Azorado.) Señor: antes que usted se marchara...
- DUQUE (Cariñosamente.) ¿Qué?
- MIG. Quisiera...
- DUQUE ¡Vamos!
- MIG. Me da vergüenza.
- CONDE Hable usted.
- DUQUE ¡Qué tontería!
- MIG. Que usted y este señor me autorizaran para hacer un ofrecimiento á esta señorita.
- CONDE ¡Ya lo creo!
- MAT. Hable usted.
- MIG. (Más azorado que nunca.) Señorita... Ya que se va á casar usted pronto; ya que tiene usted tantas simpatías y tanto cariño por todas partes; ya que esa fecha feliz se aproxima; ya que tantos le regalarán tantas cosas... ¿aceptaría usted, en prenda de la gratitud de este humilde obrero á las bondades de su señor padre...
- MAT. Acabe usted.
- MIG. ¿Querría usted que la hiciese un retrato en escultura para ese día?
- DUQUE ¡Ya lo creo!
- CONDE ¡No faltaba más!
- MAT. Con mucho gusto.
- MIG. Entonces es doble mi gratitud, y...
- DUQUE No hablemos más de eso: mañana mismo empieza usted. ¿Quieres, Matilde?
- MAT. Sí, sí.
- DUQUE Conque, hasta luego, artista. Venga esa mano. (Le da la mano.)
- MOJ. (Aparte.) ¡Le da la mano!... ¡Olé los aristócratas!
- MIG. Hasta luego, señor Duque.
- CONDE (Dándole la mano.) Hasta mañana... Y no la

favorezca usted mucho: con hacerla muy fea se acierta.

MAT. ¡Qué galante! (A Miguel.) ¡Adiós! (Miguel hace una inclinación de cabeza y les acompaña hasta la puerta del jardín.)

DUQUE Y vamos á ver ese retrato.

MIG. Señor, haré lo posible porque sea...

DUQUE Una obra maestra.

DUQUE } ¡Adios!
CONDE }

(El Duque, Matilde, el Conde, el Arquitecto, Roque y Pepe hacen mutis por la puerta del jardín. En el momento en que desaparecen, Miguel vuelve al sitio donde está su almuerzo, tira de la servilleta y la arroja al suelo.)

MIG. ¡Ahora veremos! (Vase precipitadamente por la puerta del jardín.)

SIMÓN ¡Enhorabuena, Miguel!

VEND. Hay que mojar eso.

MOJ. ¡Oye!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación del palacio del Duque; puerta al fondo que da al interior de la casa. A la izquierda otra puerta que se supone del recibimiento. Balcón á la derecha y en primer término, á la derecha también, un caballete con la un busto envuelto en paños húmedos. A la izquierda, en primer término, sillones y butacas. Es de día

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE y el CONDE. La escena permanece breves instantes sola

- DUQUE (Desde la puerta.) ¿Se puede?
CONDE Pasa, que no hay nadie.
DUQUE Pues hombre, siento que no esté; yo me hacía la ilusión de que admirases el busto.
CONDE Pues ahí está.
DUQUE Sí, ahí está; pero yo no me atrevo á descubrirlo sin consentimiento del artista. (se sientan á la izquierda y fuman.)
CONDE La verdad es que el tal artista te ha entrado por el ojo derecho.
DUQUE No tanto; pero es un chico que merece simpatías.
CONDE ¡Dichoso chico!
DUQUE ¿A tí te desagrada?
CONDE A mí no.
DUQUE Entonces, ¿por qué hablas?
CONDE No sé; pero encuentro en él algo muy particular y extravagante. (El Duque hace signos negativos) Yo lo creo así; unas veces me saluda con mucho cariño; otras, si no me ve y le

paso la mano por la espalda, se vuelve con rapidez, como si le pincharan con agujas y pone un ceño... yo te aseguro que pone un ceño muy raro, contenido siempre por una expresión opuesta. En fin, que es un carácter desigual y raro, y á mí esos caracteres no me gustan. ¡Sinceridad, sinceridad y nada más que sinceridad!

DUQUE ¿Y tú crees que á nadie más que á tí le pasa eso con él?

CONDE A nadie más.

DUQUE Pues te equivocas, hijo mío.

CONDE ¡Húm!

DUQUE Te digo que te equivocas. Mira; si tú llegas y le pasas la mano por la espalda, y se vuelve como pinchado por agujas, es porque le mortificas, porque le sacas de sus abstracciones, de sus ensueños. Su imaginación está cultivada por la quimera, y algo, lo más leve que le haga descender, le subleva, transformando su carácter. Está, continuamente obsesionado, continuamente distraído. ¿No te has fijado nunca en su mirada vaga, obscura, ansiosa de un rayo de luz que no llega nunca? ¡Oh! es un joven especial, te lo aseguro, Carlos; con una sed de suprema justicia, y con un sueño de eterna belleza, vive; sin hallar lo primero en la tierra, ni lo segundo en el cielo.

CONDE Entonces obedecen esos desplantes...

DUQUE A estados de ánimo. Mira; la primera vez que hablé detenidamente con él, estaba en mi biblioteca, y como el pobre, indudablemente nunca tuvo buenos libros, cuando vió los míos... ¡si vieras con qué afán los ojeaba! Y yo, que muchas veces le observo en sus soledades, le he sorprendido diciendo versos en voz alta, conmoviéndose al recitarlos, haciendo de ellos, de ese dolor literario, más ó menos fingido, la expresión de sus dolores actuales. En fin, yo te aseguro que he llegado á tenerle cariño, pero también á compadecerle.

ESCENA II

DICHOS y ROQUE

- ROQUE ¡Señor Conde!...
- CONDE ¿Qué hay?
- ROQUE Que espera el coche.
- CONDE (Mirando el reloj.) Es verdad, tengo que ir al Ministerio. Conque quiere decir que me quedo sin ver el busto.
- DUQUE No, eso no: Roque, descubre el busto.
(Roque descubre el retrato.)
- CONDE ¡Hermoso! ¡Admirable!
- DUQUE ¿No te decía yo que era una obra maestra?
- CONDE Como no esperaba. Si es ella misma... viva... viva...
- DUQUE Yo te aseguro que desde el famoso busto de Benlliure, no se ha visto en España nada más superior.

ESCENA III

DICHOS y MIGUEL

- MIG. (Desde la puerta.) ¿Se puede?
- DUQUE Ya está aquí. Adelante.
- CONDE Enhorabuena, artistazo.
- MIG. Muchas gracias. Me habían dicho que estaban ustedes aquí.
- DUQUE Sí, señor, admirando su obra.
- MIG. ¡Ah! Pues poco admiran ustedes.
- CONDE No hay que ser tan modesto.
- DUQUE Creo que no se habrá estropeado; lo he descubierto, porque como se marchaba éste...
- MIG. ¡No faltaba más! Son ustedes muy dueños.
- CONDE (Dándole la mano.) Vaya, me voy. Conque, adiós, y repito...
- MIG. Se agradece, señor Conde.
- CONDE Adiós, tío.

DUQUE Adiós, sobrino.
ROQUE ¿Manda algo el señor?
DUQUE Que digas á la señorita que está aquí el artista.
ROQUE Está bien. (vase.)

ESCENA IV

MIGUEL y el DUQUE

MIG. Que no se moleste, señor Duque.
DUQUE ¡Qué molestia!
MIG. (Aparte.) Estoy temblando..
DUQUE (Mirando el retrato.) Cada vez se parece más. Parece mentira, Miguel; tiene usted toda la difícil espontaneidad de la escuela escultórica moderna. A usted lo que le conviene es viajar mucho, ver el arte en otros países, hacerse su estética especial, su modo de ver y sentir. ¿Cuándo salimos para Roma y París?
MIG. Señor Duque, yo creo que para mí es eso muy problemático todavía.
DUQUE ¿Y por qué?
MIG. Porque me parece que debo aún permanecer aquí, ingresar en la escuela de Bellas Artes, estudiar concienzudamente el natural... ¿No le parece á usted?
DUQUE Si eso me lo dijera un chico que empezara á vislumbrar el arte, muy bien; ¿pero un hombre como usted, que revela su genio en un retrato de esa magnitud?..
MIG. ¡Ah! Usted me favorece demasiado. En un retrato no se puede admirar más que el acierto, la factura. ¡Si me conociera usted en estas grandes composiciones y en estas estatuas que yo sueño!..
DUQUE Pues por eso mismo, tonto; usted, con los elementos que yo le proporcione, que no serán escasos, debe ir á Grecia, como yo he ido; discurrir por la Acrópolis de Atenas; visitar las ruinas del Parthenon; admirar la tribuna de las Cariátides, y como tiene usted imaginación y es artista, evocará las

sombras de aquellos grandes hombres, envuelto en sus amplias vestiduras; verá usted á Platón con su Academia; surgirán ante usted las imágenes de Sófocles y Esquilo, poniendo en escena sus tragedias; Pericles arengando á las multitudes y Fidias modelando el famoso Friso. ¿Usted cree que no influye, no digo ya viajar y detenerse, sino nada más que ver, para el espíritu de un artista? Yo creo que siento más el arte desde que contemplé las estatuas de Menon ante el lago Meris, presenciando indiferentes, después de tantos cientos de siglos, la vida y la muerte y la muerte y la vida de la humanidad ..

MIG. Sí, señor; pero...

DUQUE Nada, lo que á usted le hace falta es pasearse por los patios de la Alhambra y por los museos del Vaticano y de Florencia; y, finalmente, visitar París, última expresión del arte, lanzarse al torbellino de las escuelas, estudiarlas por separado, y no como las conoce usted aquí; aquí, donde creen que una pincelada agria es impresionismo, cuando impresionismo es toda una teoría de arte sustentada por maestros eminentes.

MIG. Se entusiasma usted mucho hablando de arte.

DUQUE ¡Ya lo creo! ¡Si tuviera menos años!...

MIG Sin embargo, yo desmayo.

DUQUE ¿Y por qué?

MIG ¡Qué sé yo! Porque en este *maremagnum* de ideas, giros y cosas nuevas no sabe uno á qué atenerse. Cuando se cree haber descubierto en una escuela ó en una obra de arte el norte, la ruta que se debe seguir, surge de pronto una autoridad que demuestra lo contrario, siendo desmentida por otras autoridades, que vienen después, que ponen hoy á la moda lo que ayer estaba olvidado, haciendo caer en las decepciones más dolorosas á los que empezamos. La originalidad se rompe... el arte desfallece. ¿No lo cree usted así?

DUQUE No, señor.
MIG. Entonces, ¿qué es eso?
DUQUE Misterios del ideal.
MIG. ¿Misterios del ideal?
DUQUE Misterios del ideal. Usted haga lo que yo le diga: viaje, empápese de todo, y de vuelta aquí hará usted arte, para gloria de su patria y para orgullo mío.

ESCENA V

DICHOS y MATILDE

MAT. ¡Papá! (A Miguel.) Muy buenos días.
MIG. (Inclinándose.) Buenos días, señorita. (Vase Miguel á la derecha al lado del busto, desde donde mira á hurtadillas á Matilde, que permanece á la izquierda al lado de su padre.)
DUQUE (Con tono quejumbroso y antojadizo.) Estás ojerosa.
MAT. He pasado muy mala noche; apenas he dormido.
DUQUE ¡Qué preocupará tu cabecita!
MAT. ¿Te parece poco estar en visperas, como quien dice, de mi boda?
MIG. (Aparte.) De su boda.
DUQUE No tan en visperas, nenita, que falta un mes todavía.
MAT. Es muy poco tiempo.
DUQUE Pues á mí me parece mucho: tal vez sea el deseo que tengo de veros casados.
MAT. Pues á mí, no: me parece muy poco.
DUQUE ¿Tú querías que se prolongase la fecha?
MAT. Sí, sí.
DUQUE ¿Y por qué, hija mía?
MAT. (Con tono antojadizo. Este personaje debe estar caracterizado por una coquetería infantil. Habla con la vista baja y jugando con las varillas del abanico.) ¡Porque tengo mucha pena! Porque... como soy tan joven me aflige dejar de ser la señorita Matilde, tu nenita, para ser la señora condesa de Aldaz... yo quiero tardar todo lo posible en ser la señora condesa. Yo quiero ser Matilde, y nada más que Matilde; bajar al jardín, cuidar las flores, llevar migas de

pan á mis patitos, dar de beber en mi boca á los canarios...

DUQUE Pero, tontita mía, si todo eso lo puedes hacer de casada. Además, Carlos te quiere con toda su alma.

MAT. Si yo no lo niego, pero...

DUQUE Deja el abanico. ¿Qué?

MAT. (sin levantar la vista.) Que... yo no le quiero á él.

DUQUE Vamos, hija mía, ¿quién te entiende? Unas veces dices que le quieres y otras que no. ¿Es posible que seas tan coqueta, tan chiquilla, que dudes y vaciles en cosas tan serias como estas? ¿No ves que jugando, jugando destrozas el corazón de tu padre, que desea antes de su muerte; pues la creo cercana, hija de mi corazón; verte casada con tu primo, con mi queridísimo Carlos, á quien quieres sin saberlo con toda tu alma? Y no es extraño: tu alma juguetera no sabe aún lo que es cariño. ¿No es verdad que le quieres mucho, nenita?

MAT. ¡Chisst!... Habla más bajo que se puede enterar el escultor...

MIG (Aparte.) ¿Hablan de mí?

DUQUE No se entera; está muy distraído con su obra; conque, dí, ¿le quieres?

MAT. ¿No le había de querer si le quieres tú, y además tú lo mandas? ¿Y qué he de hacer yo sino obedecerte? (Le acaricia.) Mira, si me dijeras: «Nenita, sube allí á aquel cerro, á lo alto, á lo alto, y á un pastorcillo que hay allí muy feo cuidando un rebaño, le dices de mi parte, que se case contigo...» y verías tú cómo iba yo á lo más alto del cerro y le decía: «Pastorcillo feo: mi papaito de mi alma quiere que me case contigo y yo vengo á ver si te gusto; si no lo haces serás muy malo, porque me moriré, conque deja el rebaño y vámonos saltando, saltando, á ver á mi querido rey mago de la barba blanca. (Le acaricia la barba.)

DUQUE Me haces llorar, hija mía.

MIG (Aparte.) Yo también lloro, pero de rabia.

MAT. ¿Y qué no he de hacer yo por complacerte,

rey mago?... ¿A que no sabes por qué te llamo rey mago? (El Duque quiere hablar.) ¡Chisst! ¿Quieres que te lo cuente? ¡Ah! pero el escultor es menester que lo oiga, porque tiene su participación en... ¿Le llamo? ¿Sí, eh? ¡Miguel!

MIG. Señorita.

MAT. Venga usted aquí; deje el trabajo... Jesús, y qué trabajador está usted.

MIG. Pero...

MAT. Ya trabajaremos.

DUQUE (Abrazando á su hija.) ¿Ha visto usted cuánto me quiere este tesoro?

MAT. Pues, bien; siéntate aquí, papaito, y usted ahí quieto. (El Duque y Matilde se sientan; Miguel al lado del busto.) No se muevan ni se rían; les voy á contar lo que soñé la otra noche. (Con gravedad cómica) Pues soñé... pues soñé... que era yo muy pequeñita, ¡muy pequeñita! y como era noche de reyes estaba en mi ventana esperándolos; pero pasaban las horas y no venían. Espera que te espera.. espera que te espera, y los reyes sin venir. Ya veía yo que no tendría regalos; que se iban mis esperanzas... cuando de pronto vi tres caballos muy grandes, ¡muy grandes! con unos ojazos que parecían estrellas, y encima de aquellos caballos venían tres hombres. ¡Los reyes, los reyes! dije yo dando saltitos. Llegaron los reyes, se apearon y vinieron á mí. Ustedes dirán ¡qué tonta es esta chiquilla! ¿verdad? pues yo no soy tonta, el tonto es el sueño: ¡vamos! he dicho que no se rían. Pues el primer rey... ¿á que no saben ustedes quién era el primer rey? (PAUSA.) Pues el primer rey eras tú, papaito; era tu rostro pálido, tus barbas blancas y tus ojos serenos que yo quiero tanto. Me diste un beso y me dijiste: «Sacude el rocío de mis cabellos que es el regalo que te traigo.» Los sacudí y me llené las manos de perlas; pero ¡qué perlas! blancas, transparentes y muchas, ¡muchas! yo las besé, y tú entonces me dijiste que eran las lágrimas que habias vertido por mí.

- DUQUE (Abrazándola.) ¡Hija de mi alma! ¿Y el segundo rey?
- MAT. El segundo rey era Carlos; pero ese no me besó... ni yo hubiera querido... como es mi novio...
- DUQUE ¡Qué tonta! ¿Y qué te regaló?
- MAT. ¡Ah! pues muchas flores, tantas ¡tantas! que me hice con ellas una guirnalda para recibir al tercer rey.
- MIG. ¿Y quién era?
- MAT. ¡Qué impaciente! ¿No he dicho que no hay que preguntar?... Pues el tercer rey era usted, señor preguntón, era usted, el negro, con una cara... ¡Jesús, qué feo!
- DUQUE ¡Qué cosas tienes!
- MAT. Y además, su regalo de usted era una grosería. (Con coquetería.) ¿Sabes qué me regaló? ¡Pero qué disparates se sueñan!
- DUQUE ¿Qué te regaló?
- MIG. ¿Qué fué?
- MAT. Pues una jaula... No se rían ustedes. Una jaula, pero muy bonita, con unos alambritos de oro... y un poco de dulce dentro; yo lo quería comer; como no lo podía sacar con los dedos, rabiaba... y ¡qué cosa más rara!... noté que me iba achicando, achicando, hasta convertirme del tamaño de un pajarito, y entonces entré, pero... tuve otro disgusto, ya no estaba allí el dulce... quise salir y no pude, llamé á los reyes y no venían, y lloraba... lloraba... con las flores de Carlos, con tus perlas blancas... dentro de la jaula de este señor.
- DUQUE ¡Qué inocente!
- MIG. Es usted deliciosa, Matilde.
- DUQUE ¿Y quién te sacó de allí?
- MAT. Nadie, porque con los gritos que di desperté. ¿Conque vamos á trabajar?
- MIG. (Levantándose.) Vamos.
- DUQUE ¡Qué criatura, Dios mío!
- MIG. Es un ángel. (Se pasan á la derecha.)
- MAT. (Colocándose delante de Miguel, que se dispone á trabajar en el busto.) ¿Estoy así bien?
- MIG. Muy bien.

ESCENA VI

DICHOS y ROQUE

- ROQUE Señor.
DUQUE ¿Qué hay, Roque?
ROQUE El señor arquitecto manda recado de que en este momento se acaba de quitar el último andamio á la capilla...
DUQUE (Con alegría.) ¡Hombre!
ROQUE Y pide que baje vucencia para verlo.
DUQUE Ya lo creo.
MAT. ¿Vamos nosotros, papá?
DUQUE No; tú bajarás cuando regrese Carlos.
MIG. ¿Y yo, señor Duque?
DUQUE Usted á terminar el busto, que es lo interesante; yo vuelvo en seguida, y ahí tiene usted á Roque á su disposición.
MIG. Lo sé, señor Duque. (Compañándole hasta la puerta.)
DUQUE Vaya, adiós. (Vase el Duque. Pausa)
ROQUE ¿Mandas algo, Miguel?
MIG. Nada; ya te llamaré si me haces falta.
ROQUE Perfectamente. (Vase.)

ESCENA VII

MIGUEL y MATILDE. Mientras Miguel trabaja, Matilde muy quieta

- MAT. ¿Puedo hablar?
MIG. ¡Ya lo creo, todo lo que usted quiera!
MAT. La verdad es que es usted un artista muy galante.
MIG. ¡Ay, señorita, ojalá!
MAT. ¿Ojalá, qué?
MIG. Que fuese ó supiese ser galante.
MAT. ¡Hombre!
MIG. Para serlo con usted. (Pausa. Con timidez.) ¡Ay, Matilde, qué recuerdos llevaré siempre de usted!
MAT. Gratos, ¿verdad?
MIG. ¡Ya lo creo! ¿Y usted?

- MAT. (Pequeña pausa.) También.
- MIG. ¿Seremos amigos para siempre?
- MAT. Sí.
- MIG. Sin embargo; yo tengo una pena... (Más alto.) una pena.
- MAT. ¿Cuál?
- MIG. Que se casa usted y no tendré la misma facilidad de verla.
- MAT. No veo la razón; usted puede visitarnos, ser un buen amigo...
- MIG. ¡Qué dichosa será usted, Matilde!
- MAT. Dichosa... Pero, ¡Jesús qué tristes no estamos quedando! Vaya, vaya, hablemos de cosas alegres. ¿Quiere usted mucho á su novia?
- MIG. Matilde, ya le he dicho á usted que no tengo novia; á mí no me quiere nadie.
- MAT. ¡Pobrecito! Vamos, que no será tanto. Pues realmente es una lástima, porque es usted un hombre digno de que se le quiera; yo le he tomado á usted un afecto casi, casi fraternal, y ya ve usted; le he hecho á usted confianza, y le he dicho cosas...
- MIG. Con las que me vuelve usted loco de alegría, Matilde.
- MAT. Ya vé usted qué peligrosas confiancias. Le he dicho á usted, hasta la verdadera situación de mi espíritu: casarme con mi primo, que es muy bueno, lo confieso, y que le quiero, pero no como marido, me resulta vulgar, indiferente, y bien sabe Dios que si me caso con él es por complacer á mi pobre padre. ¿Conque le parece á usted poca confesión?
- MIG. De ningún modo, y confío en que nunca se arrepentirá usted de habérmela hecho, y en cuanto á lo que me ha dicho usted antes, por mi parte sé decirle que siento por usted una ternura, un cariño tan especial, tan diáfano, tan inexplicable, que me hago la ilusión de que la conozco hace muchos años, que nos hemos visto de niños, que hemos llorado juntos y que nos hemos reído juntos como locos. ¡No se sonría usted, que es verdad lo que voy diciendo!

- MAT. No, si no lo dudo, si lo creo.
- MIG. Gracias, Matilde.
- MAT. Parece mentira, en tan poco tiempo, tanta amistad entre nosotros.
- MIG. Eso prueba...
- MAT. Eso prueba que somos simpáticos. (Con coquetería.)
- MIG. (Con la misma timidez que antes.) ¿Ha tenido usted muchos novios, Matilde?
- MAT. ¡No! No he tenido relaciones más que con mi primo; es decir, miento; siendo una niña, me enamoré de un niño, de un marquesito moreno, que me fascinaba con sus ojos grandes; ¡qué gracia le hizo á nuestros padres la inocencia con que nos queríamos! Yo tenía nueve años y era más feliz que ahora... ya ve usted, ¡como que vivía mi pobre madre! Esta casa era una alegría; mis padres locos conmigo, adorando en mí; puede usted creer que no ha existido criatura más mimada que yo; siempre estaba llena de regalos y caricias. Por aquel entonces venía á casa el Marqués del Huerto, con su hijo; un niño moreno, con unos ojos y unos bucles oscuros que me gustaban mucho; lleno de lazos y encajes, seriecito, juicioso; ¡me parece que le estoy viendo! por su formalidad le decían en mi casa, el Marquesito. Con él aprendí á bailar, y, ¡cuántas veces hemos corrido por ese jardín, tronchando flores y cazando mariposas!... A mí me daba pena cómo las cogía, porque las mataba casi siempre. ¡Claro; era más fuerte que yo y las aplastaba con sus violencias! Yo no; yo las cogía en mis manecitas y experimentaba el inmenso placer de pronunciar su libertad. ¡Con qué alegría veíamos volar aquellos animalillos! Los papás veían con interés la simpatía que se despertaba entre nosotros; yo sentía algo especial por el Marquesito y él por mí, porque un día llegó á ponerse de mil colores y á decirme:—Matilde, ¿quieres ser mi novia? —Yo me confundí, y al cabo de un momento: —¡Si no tienes bigote!—respondí, alejándo-

me riéndome como una loca, y él quedó solo aturdido y... llorando. Volvimos á reunirnos, tornó á decírmelo, á porfiar hasta que le dije que sí, que sería su novia; por más que yo no me explicaba lo que eran novios: él me dijo entonces que era una cosa así como hermanos, porque consistía en quererse mucho. Y corríamos del brazo por las calles del jardín alegrando aquello tanto como los pajarillos que cantaban. Pero un día... llegó el Marqués solo y sin su hijo: habló seriamente con mis padres y me miraron con pena; yo me alarmé mucho; creí que habían descubierto nuestra inteligencia y que me iban á castigar; pasaron los días y los días, y volvieron á reunirse y á mirarme, ¡y yo sola!... ¡sola, sin mi Marquesito! Yo me desesperaba; aquéllo debía tener una solución inmediata; por fin me cogió un día mi padre, y después de besarme mucho, me dijo, poniéndome sobre sus rodillas:—Matilde, hija mía, tu Marquesito está enfermo, muy enfermo.—Algo había en sus manos, lo cogí; era una carta extraña; yo leía muy poco, estaba aprendiendo y era aquello lo primero que deletreaba fuera de las cartillas del colegio, y sin embargo leí... leí que mi Marquesito había volado al cielo, y ví pintada con oro una cruz sostenida por querubes, y más abajo el retrato de mi novio, con sus bucles oscuros, sus ojos grandes, sus lazos y sus encajes.

MIG. ¡Qué hermosa alma tiene usted, Matilde!

MAT. Se entristece usted mucho.

MIG. Me entristezco porque esa historia de amor evoca en mi cerebro el recuerdo de otros amores infantiles.

MAT. ¿De veras?

MIG. ¡Ya lo creo! Aunque mi novia no tenía ni lazos ni encajes, su historia es tan triste como la de su Marquesito de usted. Yo era muy pequeño, un chiquillo; estaba de aprendiz de cantero; el arte no se había revelado para mí más que por las músicas militares, las estatuas públicas y aquellos cantares de mis

barrios!.. El teatro era una tierra de promisión de la que podía disfrutar muy poco, una vez si acaso, los domingos. Trabajaba constantemente, de día y de noche, en mi taller. A la hora de almorzar salíamos á la puerta y nos poníamos á jugar al tejo algunos aprendices y yo; cerca estaba una fuente de la que se surtía el vecindario. Un día, me sorprendió una niña desgredadita... linda, con los pies descalzos, que apenas podía sostener un cántaro enorme sobre las tiernas caderas; á mí me dió mucha lástima y me acerqué diciendo: —Niña, ¿quieres que te ayude?—No.—Y me miraba sonriente como diciendo... Quitame el cántaro. . Y yo llegué, se lo quité... ¡vaya si se lo quité! Y lo llevaba en la mano á grandes zancadas, orgulloso, triunfante, y ella...—Chico, que te vas á lastimar—decía. Yo no hacía caso; lo subí hasta su misma casa, donde sentí los gruñidos de sus padres, ¡obreros miserables que comían el pan sudado de todos los pobres! ¡Desde entonces no volví á jugar al tejo con los chicos!..

MAT.
MIG.

¿Y se enamoró usted?
¡Vaya si me enamoré! ¡Aquello era amor! El mismo afán que sentía por quitarle el cántaro sentía por calzar sus piecitos desnudos, por quitarle aquellos harapos; pero mi imaginación romántica, infantil, se estrellaba en su impotencia; ella me quería también, se llamaba Carmela... A veces nos quedábamos mirándonos de hito en hito, diciéndonos mucho en aquellas pausas, y sentía deseo y no deseo de tocar su desgredada cabecita, sus desnudos brazos, como ahora toco su recuerdo...

MAT.
MIG.

¿La quería usted mucho?
Pensaba en ella con alegría, con entusiasmo, sonriendo, como piensan los niños en las cosas buenas... El final más vale que no lo sepa usted.

MAT.
MIG.

No; quiero saberlo.
Es duro.

- MAT. No importa.
- MIG. Entonces usted me perdonará. Un día no la había visto á la hora de almorzar; yo desesperaba de impaciencia; labrando un lecho, levantando en alto la escoa, salpicando de chinás el suelo. De pronto llegó hasta mí un clamor; un grito inmenso de toda la calle. Volamos todos, se arremolinó la gente, y vi en el suelo unos harapos ensangrentados, un cántaro en mil pedazos... ¡Era mi pobre niña, horriblemente mutilada por las ruedas de un cochel...
- MAT. ¡Jesús! Calle usted.
- MIG. ¿No le dije á usted que tenía razón? En mucho tiempo veía en el polvo del taller, el polvo de la calle y los salpicones de la sangre de aquella criatura manchando unas ruedas amarillas. Estos son los amores de mi niñez.
- MAT. Me ha conmovido usted mucho. Tiene usted mucho corazón.
- MIG. ¡Qué buena es usted, Matilde! En su corazón de usted vive todavía el tierno recuerdo de su marquesito.
- MAT. Y en el de usted el de aquella niña.
- MIG. Matilde... Ya que es usted tan espiritual... tan buena...; ya que viven esos recuerdos en nosotros.. ¡me da usted permiso!... ¿Quiere usted?...
- MAT. ¿El qué?
- MIG. ¿Quiere usted que unamos á su Marquesito de usted, de bucles oscuros, ojos grandes, con lazos y encajes, á mi pobre niña, desgredadita y descalza, que iba á llenar el horrible cántaro en la fuente? Ya ve usted, ¡quizá Dios los haya unido! ¿Quiere usted?
- MAT. (Conmovida.) Sí, sí; me hace usted llorar.
- MIG. Matilde, gracias. (Pausa. Con pasión.) Matilde, ¿á qué disimular más tiempo? Yo la quiero á usted como quería á aquella niña... ¡Mucho, mucho más! Aquí hemos cambiado los recuerdos... Usted es la Marquesita llena de lazos y encajes, y yo soy el pobre niño descalzo. ¡Tenga usted lástima de mí!

- MAT. ¡Miguel, por Dios!
- MIG. Ya sé que obro mal; que está usted comprometida, que la ofendo á usted y á su padre, con quien soy un ingrato... Matilde, ¿me quiere usted?
- MAT. Eso es imposible, imposible.
- MIG. Lo sé, pero usted que no ha protestado cuando ha visto que conservaba las flores que me daba, no proteste usted ahora... usted es buena... sólo pido llorando un consuelo... una esperanza... La veo á usted lejana... tras un horizonte inaccesible, y ya que la veo prohibida para mí, por ser un pobre, un olvidado; ya que la veo á usted imposible... que la vea al menos sonriente.
- MAT. ¡Por Dios!
- MIG. ¿Llora usted? ¡Qué alegría! Por Dios, ¿me quiere usted?
- MAT. ¡Sí! (Con pasión.) ¡Ah! (Huye precipitadamente por la primera puerta izquierda. Miguel prorrumpe en un grito de alegría, que queda al talento del actor.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

La escena representa una boardilla desmantelada, alguno que otro trasto y una mesa coja, sillas rotas; por los rincones de las paredes penden números rotos de «El Enano.», «El Motín.» y «La Iidía.» Dos puertas, primeros términos derecha é izquierda. Al fondo ventana; la forma de la boardilla afecta la silueta del tejado.

ESCENA PRIMERA

MOJAMA, primera izquierda; poco después TOMASA primera derecha.

Moj. ¡Tomasal... ¡Tomasal! ¿Si se habrá quedao sorda de la otra oreja? ¡Tomasal!

Tom. (Dentro.) Allá voy.

Moj. ¿Quiés vení ú qué?

Tom. Espera, hombre, que estoy haciendo la sopa.

Moj. ¡Tomasaaaá!

Tom. (Dentro.) ¿Te quiés callar, alma Dios?

Moj. Alma mía. Ya te dinas presentarte delante de mí. Pus ten entendido que aquí el que se dina soy yo, porque soy er cabeza de familia, tu marío, y tu marío quiere de tí que vengas cuando y como te se llame, ¿estas tú? De manera que no haiga de aquí pa alante ni fideo, ni sopa, ni náa que te entretenga, sino salir con los brazos abiertos á

recibir á tu marío, que te trae el sudor de la semana.

TOM. ¿Has acabao ya? Vienes hecho un predicaor; otra vez avisas por tiléfono. ¡Ave María!

MOJ. Mira...

TOM. No me comas, hombre. (Aproximándose.) Si ya sé que vienes de la tasca, si traes cara de vino. ¿Un compromisillo, verdad? Te metieron la bebía por los morros. ¡Ay, cariño, cariño!... ¡No era tunda la que te daba si vieras con la tajá completa!

MOJ. Tomasa, mira... que pierdo el tino.

TOM. Cá, hombre... si ya lo has perdío.

MOJ. Tomasa...

TOM. No te des tono de gran señor ni de cabeza de familia... que á mí no me achicas, ¿sabes?

MOJ. Tomasa.

TOM. Tomasa. (Remedándole.) Me vas á desgastar el nombre. Vamos, suelta la guita... só morral. (Le coge el pañuelo.)

MOJ. Tú, tú, para la jaca, que no vale arrempujá.

TOM. ¿Cuánto traes aquí? (vaciendo el dinero encima de la mesa)

MOJ. ¡Cuéntalo, miá esta! (Tomasa lo cuenta. Mojama la mira de reojo haciendo un cigarro y tarareando.)

TOM. Calderilla, pa que abulte mucho; el que no te conozca...

MOJ. ¡Abrete, tierra! Verás ahora.

TOM. Nueve, diez, uno, dos.

MOJ. Lo mejor es largarse. (Medio mutis.)

TOM. (Que no le pierde de vista.) ¡Oye, oye! ¿Aonde vas?

MOJ. A dar una güerta.

TOM. Ven, hombre, ven; dime, ¿aonde has echao los perros que fartan aquí?

MOJ. Ahí no fartan perros.

TOM. ¿Que no?... ¡Poca lacha!

MOJ. Oye, no afrentes, no sea que vayas á dir á que te repasen la fisonomía.

TOM. ¿A mí tú?

MOJ. A tí.

TOM. Vamos, acaba; ¿aonde has echao los cuartos?

- MOJ. Si lo preguntas de mejor manera, te lo digo.
- TOM. (Con ira.) ¿Sí? ¿Dónde ha gastado su arteza el cabeza de familia, el dinero que?...
- MOJ. Vamos, despacio. ¿Cuánto farta?
- TOM. (Contando con los dedos.) Dos, tres, seis, ocho pesetas y media.
- MOJ. Ocho pes... (Rascándose la cabeza y contando con los dedos.) Pues, mira. Dos pesetas pa un guante que se ha echao en el taller á favor de la hija de la portera que está en cinta... ¿Estás tú?
- TOM. ¿Yo?
- MOJ. Bueno, dos pesetas.
- TOM. ¡Qué generoso!
- MOJ. Una peseta pa la rifa del reloj del Galvana, que no me ha tocao. Esta rifa ha sido un compromiso pa los compañeros: una peseta. El pobrecillo está parao.
- TOM. ¿El reloj?
- MOJ. No, Galvana. Ya van cuatro pesetas.
- TOM. Cá, hombre, dos: digo, tres.
- MOJ. ¿Tres? Bueno, no discuto. Seis perras grandes que debía de medias copas y churros; el tabaquillo de la semana; tal cual copa de vino alguna que otra vez que he convidao, porque me han convidao á mí, y claro, ¡la alternancia!.
- TOM. (Con ira.) La alternancia.
- MOJ. Esto es tóo. Como hombre y como Mojama te he dicho la verdad; por lo demás, ya sabes que te quiero y que te entrego tóo el dinero que gano.
- TOM. ¡Lástima fuera! Pero tóo lo arañao que puedes.
- MOJ. ¿Vamos á tener la fiesta en paz?
- TOM. ¡Si me está muy bien empleao!
- MOJ. ¡Eal se acabó. ¿Ties lista la cena?
- TOM. ¿Ya?
- MOJ. Sí, ¿no ha venido Miguel?
- TOM. No.
- MOJ. Pues está al caer y el tío Getafe y Vandal también. Además, ya sabes que tenemos convidao á Simón.

- TOM. ¡Oye! ¿Pero el convite ese... no se nos pegará tóo entero, ¿verdad?
- MOJ. No, mujer. ¿No nos pagan Vendaval y el tío Getafe la comida que se comen y el cuarto en que duermen? ¿No convidamos hoy á Miguel y á Simón?
- TOM. ¡Sí!
- MOJ. Bueno, pues nosotros, Vendaval y el tío Getafe, escotamos el convite.
- TOM. Pues eso.
- MOJ. ¡Pues claro! ¿Quies algo más?
- TOM. Sí, que bajes abajo y le digas al señor Manuel que te fíe dos botellas de vino hasta mañana.
- MOJ. ¿Y por qué no vas tú?
- TOM. Porque tengo que atender á la cocina. No me voy á multiplicar.
- MOJ. Bueno, pos dame el dinero.
- TOM. Te he dicho que fías.
- MOJ. Bueno, pos dame los cascos
- TOM. Ayúdame antes á meter esta mesa.
- MOJ. Tóo lo que quieras. (Cogen la mesa por los extremos.)
- TOM. Coge de ahí.
- MOJ. Tú, no arrempujes. (Meten la mesa por la primera derecha.)
- TOM. Trae una silla.
- MOJ. (Tambaleándose.) Allá va una silla.
- TOM. (Mientras la recoge.) ¡Qué bueno vienes! (Dentro.) Anda, anda, vé por el viño.
- MOJ. ¿Conque dos botellas?
- TOM. Sí, hombre, sí.
- MOJ. ¿Y fías?
- TOM. Sí. ¡Ay, pero Dios mío, cómo viene! ¡Qué peste á vino! ¡Anda y que no te vea, conde-nao!
- MOJ. ¡Jé, Jé! Graciosa.
- TOM. ¿Graciosa? (Con mucha sorna.) ¡Hermoso, salao!
- MOJ. (Desde la puerta.) Y tan salao, como que soy Mojama. (vase.)

ESCENA II

TOMASA

¡Jesús, qué vida más aperrea lleva una con estos arrastraos de hombres! Ni San Lorenzo en la parrilla está más frito que yo. (voces dentro de Simón y Vendaval.)

ESCENA III

TOMASA, VENDAVAL Y SIMÓN primera izquierda

TOM. Gracias á Dios que están ahí.
VEND. ¡Pasa, Simón!
SIMÓN ¿Cómo vamos, Tomasa?
TOM. Bien y usted.
SIMÓN Regular, ya he visto al hombre.
VEND. ¿No ha venio nadie todavía?
TOM. No; estoy sola. Me voy á arreglar la cena.
¿Quien ustés algo?
VEND. Na, seña Tomasa.
TOM. Pues hasta ahora.
SIMÓN Hasta ahora.

ESCENA IV

VENDAVAL y SIMÓN

SIMÓN Pues como íbamos diciendo; á pesar de que eres un descreído, cosa que me pesa en el alma, yo te aprecio y me alegro de cada vez que te veo.
VEND. Y yo á tí. Chócala.
SIMÓN Eres bueno y me basta.
VEND. Toma un realista. (Le da un cigarro.)
SIMÓN Gracias.
VEND. ¿De manera que no has visto á Miguel?

- SIMÓN No, y tengo más gana de darle un abrazo...
VEND. Pobrecillo, si vieras qué demudao está. ¡Oh lo que debe de haber sufrío!
- SIMÓN ¡Ya me lo figuro!
VEND. Ya sabes tú lo que ha pasao. Tóo el mundo en Madrid lo dice en voz baja. La boda de la hija del Duque de Alfaro no se ha verificado con su primo porque la chica estaba por otro; pero ese otro no le conocemos más que nosotros, que semos sus compañeros antiguos, que le hemos visto en la casa recibío con palmas y olivas, echao á la calle como á un perro después, herío, desesperao, quince días largos sin trabajo, y gracias á que el maestro Paco lo ha admitío en el taller y que le hemos proporcionado esta boardilla, aonde vivimos hasta que encuentre otra casa. Y tóo ¿por qué? por querer á una mujer con toa su alma y toos los reaños de su corazón y porque su padre es un hombre que no quiere en su casa más que mucho *frutaque* y mucha mentirá por esol
- SIMÓN Estás en la fija, Vendaval.
VEND. ¿Ves tú como estamos conformes?
- SIMÓN Ya lo creo.
VEND. A mí me enritan las injusticias.
SIMÓN Y á mí.
VEND. Dame lumbre, que se ha apagao esto.
SIMÓN Toma.
VEND. ¿No es Miguel tan bueno y tan honrao como el primero?
- SIMÓN Sí.
VEND. ¿Pues por qué no se ha de casar con la mujer que le ha designao la Naturaleza?
- SIMÓN Eso digo yo. ¿No es Miguel tan hijo de Dios como el primero?
- VEND. Sí.
SIMÓN ¿Pues por qué no se ha de casar con la mujer que Dios ha querío con su infinita misericordia se case?
- VEND. Estamos conformes, Simón, y respetando tus ideas, te digo que tienes mucho pecho y que eres tan bueno como yo. Pero, aparte de tóo, lo que á mí no me cabe en la molle-

ra es cómo el duque de Alfaro, que parecía tan campechano, tan demócrata, se haya vuelto la camisa, y que no le conozca nadie... Ya ves, su pobre hija, la señorita Matilde, una niña que ha demostrado tener un corazón como una casa, se está muriendo á peazos... El pobre Miguel, por otro lao, sin verla... sin arrimarse á ella, se hace peazos de desesperación. ¿Por qué el mundo estará así? ¿Por qué?, digo yo.

SIMÓN

¿Y está muy grave?

VEND.

Mucho, á lo que paece. Ya has visto enarena la calle pa que no se sientan los coches.

SIMÓN

¡Pobre señorita!

VEND.

Esta sociedá está desquiciá. ¿Cómo es posible que un padre, que bueno lo es, me consta; no sólo no se contenta con echar á Miguel, sino que á la hija de su alma... á esa pobre niña... por los pergaminos maldecíos... Vamos, ya se me ha trabucao lo que iba á decir; pero tú me has entendío. ¿Cómo te explicas tú eso?

SIMÓN

De esta manera. Tú estás orgulloso, mu orgulloso con ser trabajaor y honrao, ¿verdad?

VEND.

¡Ya lo creol!

SIMÓN

Y tú te ofenderías si te tocaran á eso.

VEND.

Pues, no que no.

SIMÓN

Pues el orgullo que tú tienes con ser bueno y trabajaor lo tiene el Duque con ser duque y llevar sangre azul, y se ofendé si le tocan á eso, como tú si te tocan á tu honradez y á tu vergüenza. ¿Estás tú?

VEND.

Sí; pero por encima de tóo eso, la verdad es que los dos se quieren, y es una infamia estorbar que se quieran.

SIMÓN

Conforme.

VEND.

¡Ea, ya me enfadé! Como cristiano, ¿no opinas tú que eso es una infamia?

SIMÓN

Sí. Desde el momento en que toos somos hermanos, no debe haber esos distingos.

VEND.

¡Pues maldita sea, hombre! Si es así, ¿porqué toos los proletarios reunios no rompemos de una vez con toas esas distinciones, con toos esos reparos, con toas esas trabas

que matan á esta sociedad putrefacta? ¿Por qué no hacemos con toas esas antiguallas una cascá de obras buenas que salgan del corazón, pa que vivamos los hombres en la tierra como decís vosotros que viven los ángeles en el cielo?

SIMÓN

No pué ser.

VEND.

¿P'or qué?

SIMÓN

Porque los hombres no semos ángeles; semos hombres.

VEND.

Pero ..

SIMÓN

Te digo que no pué ser mientras haya borrachos y holgazanes, sin quitar los ladrones y los asesinos. (Al decir «b. rrachos» sale Mojama haciendo esos con las botellas en la mano.)

ESCENA V

DICHOS y MOJAMA

MOJ.

¡Tomasal... ¡Que está la puerta abiertal

VEND.

La hemos dejao abierta pa Miguel, que viene en seguida.

MOJ.

¡Ah!... ¿Están ustés ahí?... ¿Quién es éste?...

SIMÓN

Simón.

MOJ.

¡Holal Simón, me alegro é verte bueno.

SIMÓN

Gracias. Y tú, ¿cómo vas?

MOJ.

Así... así... No ando mu bien.

VEND.

Ya lo vemos.

MOJ.

Mira, no te vayas á creer que estoy tan embriaguao que no distingo ya de gua... gua .. gua .. sas.

VEND.

Anda y vete, que te debía dar vergüenza estar como estás, y sobre tóo en un día como hoy, que comen Miguel y Simón con nosotros.

MOJ.

¡Anda salero! ¿Por que comen? Y porque coman, ¿yo no voy á beber?

VEND.

Vamos, calla, que te pones mu pesao.

MOJ.

¿Sí? pues sus quito el honor que tenáis con estar á mi lao. (Vase dando traspiés por la primera puerta izquierda.)

SIMÓN

Después de ver esto, ¿no opinas como yo?

VEND.

Sí, pero too eso tié remedio.

SIMÓN No lo tiene, y siento que tú no tengas fe en la Providencia y en la misericordia de Dios.

VEND. ¡Dale!

SIMÓN Si te parece me callo. (Se siente ruido dentro de cacharros y las voces de Mojama y Tomasa.)

TOM. (Dentro.) ¡Arrastra; golfol

MOJ. ¡Que lastimas, mujer!

SIMÓN ¿Qué es eso?

VEND. Lo de todos los días, sigamos lo nuestro. (Mojama sale mirando á la puerta donde está su mujer y ocultando cuidadosamente una botella con su blusa. Ve á Simón y á Vendaval, y se aproxima á ellos muy despacio, procurando disimular su estado. Dentro se siente á Tomasa lamentarse sola.)

SIMÓN ¿Qué te pasa, hombre?

MOJ. Cosas de la vía.

VEND. ¡Valientes cosas!

MOJ. La vía. ¿Qué es la vía? Díganlo ustedes que se lo saben todo.

VEND. Que te calles, Mojama.

MOJ. La vía es esto. (Escupe.) Una escupitina. Unos tragos amargos... (Saca la botella.) y otros menos amargos... (Bebe.) Pa mí toos son iguales.

VEND. ¡Qué poca aprensión tienes, Mojama. Poner-te así, sabiendo que nuestro compañero Miguel está desesperado y que su novia se muere!

MOJ. Anda salero... ¿y eso quié decir que yo me alegre? No, pobrecilla, que viva muchos años... Pero, pongamos que se muere mañana... y cintas, coronas, flores, el delirio en el entierro.

VEND. ¿Te quiés callar, ú qué?

MOJ. En cambio, si yo me muero, pobrecillo Mojama, será en el hespital, ú séase moriero, y de allí me zamparán en el hoyo grande, ú séase tertulia de confianza, sin más acompañamiento que vuestras pisás... si acaso.

VEND. (Irritado.) Mojama...

MOJ. En fin: el vivo al hoyo, el muerto al bollo y yo á los tragos. (Bebe.)

VEND. (A Simón.) ¿Te paece?

SIMÓN (Atento á la puerta.) Ya está aquí Miguel.

VEND. Es verdad. (Llegan á la puerta.)

ESCENA VI

MOJAMA, MIGUEL, SIMÓN, VENDAVAL y el TÍO GETAFE. Miguel viene de jornalero y lleno de yeso

- SIMÓN ¡Miguel! (Se abrazan.)
MIG. ¡Simón!
SIMÓN ¡Qué ganas tenía de verte!
MIG. Y yo á tí. ¿Cómo siguen tus hijos?
SIMÓN Bien, á Dios gracias.
MIG. ¡Cuánto me fatiga la escalera!
SIMÓN ¡Cómo has cambiado, Miguel!
MIG. ¿Y qué quieres?
GET. ¿Ya no saludas, Simón?
SIMÓN Si nos vemos tos los dias, tío Getafe.
GET. No importa.
MOJ. Miguelillo, ¿ya estás en tu nueva casa?
VEND. Tú que has vivido en palacios, ¿qué te parece nuestro mobiliario?
SIMÓN Está distraído. (Miguel no contesta. Continúa sentado y mirando fijamente por la ventana. [Breve pausa.]
MIG. No sabía que vivían ustedes tan en frente del palacio del Duque de Alfaro.
VEND. Por comodidad; como teníamos allí el tajo...
MIG. (Aproximándose á la ventana.) Se domina el palacio.
VEND. (Con énfasis) Eso te probará que esta bohardilla, está más alta que ese palacio.
MOJ. Ya no te mueres. Choca. (Dándole la mano.)
MIG. (Hablando consigo mismo.) Ni un intersticio, ni una luz; está cerrado á piedra y lodo.
GET. Se afecta.
VEND. ¡Quítale de ahí!
SIMÓN Vente, Miguel.
MIG. Simón, amigo Simón, desde hace unos días siento sobre mi alma una cosa más negra, más negra... ¡quita!
SIMÓN Vaya por Dios.
MOJ. Un poco de vino.
TOM. (saliendo.) Señores, á comer, que está la mesa puesta. Vengan sillas.
GET. Allá vamos. (Mutis del tío Getafe y Mojama por la primera derecha con sillas.)

ESCENA VII

MIGUEL, SIMÓN y VENDAVAL

- VEND. Miguel, no llores, que te denigras, te debilitas, sé hombre.
- SIMÓN Miguel, fía en Dios, resígnate, ten esperanza.
- MIG. ¡Esperanza!
- SIMÓN Sí que esto es una prueba.
- MIG. ¿Una prueba? No, son muchas.
- VEND. Miguel...
- SIMÓN ¡Vaya por Dios! (Miguel coge una silla y se sienta al lado de la ventana, mirando distraído hacia la calle.)
- TOM. (Dentro.) ¡Que está la sopa en la mesal
- VEND. Ya vamos, señá Tomasa. Ven á cenar, Miguel.
- MIG. Déjame un momento, quiero estar solo.
- VEND. Como quieras. (A SIMÓN.) Vente pa entro.
- SIMÓN (Compasivamente por Miguel, mientras hace mutis por la primera derecha.) ¡Pobrecillo!
- VEND. ¿Y por qué pobrecillo?
- SIMÓN Que tenga resignación pa sufrir.
- VEND. Que tenga coraje pa matar. (Mutis primera derecha. Miguel permanece abstraído en el mismo sitio de antes.)

ESCENA VIII

MIGUEL

Me ha dicho Roque que no hay salvación posible... que se muere por instantes... ¡Oh, qué angustia, qué horrible angustia cierra mi garganta y nubla mis ojos!... ¡Pobre Matilde... se muere, se aniquila su pobre naturaleza, con un sollozo contenido en los labios y un rayo de amor en los ojos; y su padre discurrirá entretanto por las habitaciones heladas de su palacio... desarreglado... ha-

blando solo... con la mirada fija... buscando en los rincones, en las ropas, en los adorables juguetes de su hija... aquellos residuos del amor pasado... el llanto vertido de alegría... de aquellos sueños de padre venturoso que ambicionó para su hija, nieta de príncipes, hija de Duques, un esposo noble y sabio como él! (Levantándose. Pausa.) ¡No sé, no sé lo que me pasa; siento desfallecimientos rarísimos y arrebatos horribles... no siento en mi cerebro más que una madeja, un embrollo, y á través de ese embrollo una línea recta, recta siempre, que va á un solo punto, á un punto donde una pobre enferma... demacrada... agonizante... me llama fatigosamente, agitando sus brazos enflaquecidos en el vacío de la cámara lujosa de un palacio, mientras los míos de hierro se agitan y se pierden en el vacío miserable, pero más generoso, de una boardilla desmantelada! (Pausa) ¡Matilde, desgraciada criatura! ¿por qué nos conocimos? ¿Por qué no te encontré yo en los hogares de los pobres, en la miseria, en el taller, en la calle, con esa misma cara, con esos mismos ojos, con esa misma alma? ¡Ah! entonces! ¿qué obstáculos hubiera habido entre nosotros? ¡El sol luminaria nuestras frentes, cruzaríamos la tierra enlazados, llevando sueltos nuestros cabellos al viento de la vida!... (Pausa) Yo tengo que hacer algo... (Mirando á la calle.) El crepúsculo se va... La noche llega con sus sombras... ¡Sombras siniestras! No sé por qué tengo un miedo inexplicable á las sombras de esta noche que llega... ¡Matilde... Matilde... pobrecita niña... ven á mí... ven á mi lado... quiero que cruces conmigo estas tinieblas fatales... que sientas frío... que tengas miedo, mucho miedo... para protejerte yo! (Suena la campanilla del Viático, primero lejana, se va aproximando á medida que termina el monólogo.) ¿Eh?... ¿Qué sonido es ese? ¡Es ilusión! ¡No, no lo es... suena más... más cerca... (Mira á la primera derecha.) Esa gente se arrodilla y reza. ¡Dios mío! ¡Y está

ahí... está ahí ese sonido! (Se asoma á la ventana.) ¡y veo unas luces que se mueven... que agita la brisa.. ¡Luces horribles entran por mis ojos, desgarran mi pecho, incendian mi corazón! (Se oye más la campanilla. Transición, como adquiriendo una resolución definitiva.) ¿Qué me arrastra? No sé, pero yo voy, yo voy donde vaya ese sonido. ¿Que hay obstáculos? Mejor. ¿Que hay una muralla infranqueable? También mejor. ¿Que me aplasta con sus escombros? Me da lo mismo. ¡Pero no será sin que haya tenido aliento para maldecir, dientes para morder, uñas para rasgar! (vase precipitadamente por la primera izquierda. Continúa oyéndose la campanilla del Viático un poco lejana. Voces de «Miguel, Miguel,» en la primera derecha.)

CUADRO SEGUNDO

Cámara de Matilde. Puertas laterales. Al fondo derecha un altar con luces. Dormitorio intacto al centro. En el centro, hacia la izquierda, Matilde, sin sentido, en un sillón; Mariana, que la observa atentamente, á su lado. El Duque en el dintel de la lateral primera derecha, con Roque. Esta cámara estará decorada con lujo, haciendo contraste con la sencillez y la miseria del cuadro anterior. Se oye aún la campanilla del Viático, sonido que liga los dos cuadros.

ESCENA IX

MATILDE, el DUQUE, ROQUE y MARIANA. Todo este diálogo en voz baja

ROQUE ¡Señor... vamos, señor!
DUQUE Deja, Roque, deja; quiero estar con mi hija un momento... Dile á Mariana que se marche contigo.
ROQUE El señor está muy agitado, le conviene descansar.
DUQUE ¿Pretendes tú también arrebatarme el último suspiro de mi hija?

- ROQUE Señor... ¡Qué disparate! La señorita se pondrá buena, y...
- DUQUE Calla. No me engañes tú también. ¡Salvarse!... ¿No escuchas cómo respira? ¿No ves que se muere por momentos? ¡Pobre hija mía! Tengo metida en el cerebro su agonía, y su respiración fatigosa en los oídos.
- ROQUE Señor...
- DUQUE Anda y di á esos señores que me acompañan que hablen bajito... Después mira á los balcones, y si hay algún resquicio, lo tapas; que no entre ningún rumor de la calle.
- ROQUE Señor...
- DUQUE Vete con Mariana.
- ROQUE ¡Vaya por Dios!
- DUQUE Quiero que sus gemidos de muerte sean en esta casa la única señal de vida... (Roque se aproxima á Mariana, le habla al oído y se marchan los dos de puntillas por la primera derecha.)

ESCENA X

MATILDE. El DUQUE atravesando muy despacio la escena, hasta el sitio de Matilde

- DUQUE Ya estoy solo... Avancemos sin ruido, sin llorar... ¡Qué horror! ¡Qué horrible lucha la que he resistido y resisto!... Voy pisando... al andar así, pedazos de mi corazón; parece que llevo mi vida entera en la garganta y que se me va á escapar con un sollozo... (Llega al sitio de Matilde.) ¡Qué cambiada está! Su rostro infantil ha desaparecido bajo estas espantosas huellas... No queda más que su sonrisa y su cabello rizado... (Toca la frente de la enferma.) Suda... ¡Qué sudor más frío! ¡Híela el corazón! (Con atención vivísima.) ¿Eh?... Articula... articula un nombre... que no se oye. ¡Papál... Ha querido decir «¡papál»... Me nombra á mí, ¡Dios mío!... Me adivina... Tal vez me ve en su cerebro aletargado posando mis labios sobre su frente... (La besa.) Tal vez me ve mezclando mis lágrimas de

fuego con el sudor helado de su rostro. ¡Hija de mi alma!... ¡Pequeñita mía!... ¿Quién soñó con una dicha eterna para ti?... ¿Quién quiso colocarte en un cielo estrellado por asiento sino tu padre... y quién había de pensar que un devaneo insensato me arrebatase el corazón al arrebatarme el tuyo... destruyese por los cimientos el palacio de mi felicidad soñada?... (Matilde se mueve ligeramente.) ¡Dios mío! Se anima... entreabre los ojos... ¡Si un rayo de esperanza fuera posible!... Se mueve... se mueve con miedo. ¡No, no tengas miedo que tu padre está aquí!... ¡pobre hija mía!... para calmar tu frío con mi fuego. . besarte... decirte al oído mil ternuras... acumular aire para tus pulmones... evitar el aleteo de una mosca... guardarte como una fiera, secando las lágrimas de tus ojos hundidos y el sudor de tu frente pálida... pero, en cambio, yo me ahogo con mi llanto. ¿Qué va á ser de mí, Dios mío, solo, eternamente solo, en medio de un oceano de lágrimas?...

MAT.
DUQUE

(Débilmente.) Miguel...
(Con desesperación.) ¡Miguell... ¡Siempre ese nombre en los labios! (Se separa de su hija algunos pasos y se deja caer anonadado en un sillón.)

MIG.
DUQUE
ROQUE
MIG.

(Dentro.) Déjame, Roque, déjame.
¿Eh?...

DUQUE

No se puede...
Déjame... que aquí ha entrado Dios, y donde entra Dios entran sus hijos. (Entran.)
(Levantándose.) ¿Qué es esto?

ESCENA ULTIMA

MATILDE, el DUQUE, MIGUEL y ROQUE

MAT.

(Volviendo en sí rápidamente con los gritos de Miguel.)
¡Miguel!

MIG.

(Corriendo á ella.) ¡Matilde mía!

MAT.

Te quiero... (Estos gritos, dichos con alegría suprema. Se contraen dolorosamente y muere.)

MIG.

(Aterrado.) ¡Matilde!

- DUQUE ¡Qué horror!
- MIG. ¡Muerta!
- DUQUE Te ha visto y ha muerto del modo más espantoso.
- MIG. Me ha visto y ha muerto con una alegría infinita.
- DUQUE (Abrazando el cuerpo de su hija.) Este cadáver es mío...
- MIG. (Apartándose un poco, pero sin separarse del todo.) El cuerpo... sí, pero su alma no; ¡su alma es mía, mía, mía!

FIN

NOTA

Mi gratitud á la Empresa del Teatro de la Comedia, que no regateó medio alguno para poner el drama en escena.

También debo agradecimiento al notable primer actor D. Agapito Cuevas, que se encargó espontáneamente del papel de *Vendaval*.

Y finalmente, á todos los artistas, que rivalizaron en el desempeño de sus respectivos papeles.

Á todos la gratitud de

El Autor





PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Guesta*, calle de Carr
tas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo,
de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. M*
rillo calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de E
parteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de lo
Sres. Simón y C.^a calle de las Infantas, 18, y del *Sr. E*
cribano, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares direct
mente á esta casa editorial acompañando su importe en sello
de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán
servidos.